

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

Aparte los contrabandistas verdaderos -los matriculados, como quien dice- todo ciudadano, lo confiese o no, conoce la secreta alegría de esas pequeñas defraudaciones que no quitan ni ponen fortuna, pero dan a los viajes un poco de color. Conozco algún contribuyente escrupuloso para las cifras grandes -que ya es conocer-, el mismo que se pirra por pasar de matute unas botellas que no devengarían más de diez duros. Debe ser fisiológico, pues lo desdeñan los libros de patología: esos que, sin embargo, se ocupan de las millonarias cleptómanas que gozan mucho afanando un paquete de alfileres en El Corte Inglés.

Yo le he echado meditaciones al asunto y creo que la culpa es de las novelas, y más aún de las películas, lo mismo de pantalla panorámica que de la pantalla pequeña. El tejemaneje de las fronteras se ha impregnado de un tinte de aventura. Todo el que echa mano de un pasaporte se siente -confusamente- protagonista, ¿Me creerán si les confieso que a mí me pasa incluso en Verín?

Verín es una pulcra villa galaica donde corre el tiempo como en cualquier otro lugar reunidor de cinco o seis mil almas; con juez, a cuya señoría Dios guarde; con secretario, médico forense, inspector de higiene pecuaria, registrador y notario; surtida de cafés, dentistas, almacenes de jamones, fábrica de gaseosas, taller de pirotecnia, ferreterías. Pero Verín, además, limita rigurosamente con el extranjero. No importa que el extranjero sea Portugal, más hermano que vecino, más íntimo que espectacular. Lo cierto es que uno anda por las calles, tranquilamente, y de repente se tropieza con una aduana -que del otro lado se llama "alfándega"-, y ya no puede seguir adelante. Es una coacción que aviva el deseo, como excita la sed una fuente que, si no prohibida, se administra por regla y turno.

Yo no estoy nada seguro de que entre Verín y Chaves -o viceversa- haya cruzado alguna vez un microfilme secretísimo, ni un diamante catalogado y famoso, ni siquiera -que, también cosmopolita- un paquete de revistas sicalípticas. (De repente creo haber escrito una palabra que ya nadie usa). Pero a mí me gusta allí, entre las dos luces del anochecer, imaginar apasionantes historias de espionaje y amor, contrabandos riquísimos.

Por esto me ha dado mucha rabia, cuando un periódico propagaba cierta noticia desmitificadora y cruel:

"En el punto denominado Molino de Feces de Abajo, una pareja de la Guardia Civil echó el alto a dos hombres que marchaban hacia la frontera con unos bultos a la espalda, incautándose de 31 pares de zapatillas de señora y caballero, 10 gorras, tres barajas de póker, nueve metros de pana negra y otros tantos de color de paja".

...No, hay cosas que no debieran salir en los papeles.

-*_

LOS domingos siempre han sido diferentes. Ahora, y en proporción directa al tamaño de las ciudades, todavía lo son más. Ordoño II les resulta una calle nueva, distinta, y con no desdeñables encantos a los fieles paseantes entre las diez y las once de la mañana dominical. Pero la distancia respecto a los días de diario se acrecienta en Madrid, en Barcelona o en Londres.

Mi domingo pasado ha sido madrileño. Es decir, tópico. Es decir, castizo, fiel a la rueda de la costumbre que gira en beneficio de nuestra pereza. La gente que anda por el barrio lleva cara de los domingos, como debe ser, y en la mano esos ramos de color que son los periódicos cuando se visten de extraordinario. También lleva churros, perritos y otras bagatelas. Más tarde, pasado el mediodía, los caballeros portarán el paquetito vergonzante de los pasteles en la crítica indecisión de si sobre la mano extendida como bandeja o de si ser colgando la cintita (que es una pose muy delicada).

Sin embargo, algo le cupo de singular a la jornada: dulzainas y tamboriles leoneses por la calle de San Roque hasta el consulado siempre abierto que tenemos en la calle de Pez. Antes se habían cumplido los ritos sagrados, o sea, la misa con sermón y salve a la Patrona, y en seguida iba a confirmarse el eclecticismo de a Dios lo que es de Dios, y al pulpo lo que le corresponde. Tanto el Señor como la mesa que su bondad nos depara, fueron debidamente servidos.

Del resto del domingo capitalino podría seguir la crónica. Café en la Gran vía – lugar irrespirable de lunes a sábado-, con viandantes sosegados y burgueses, pícaros del mínimo comercio, curas de sotana y bastoncillos rojos, con alguna que otra Lola espejo oscuro devanando su cálculo de probabilidades. Y un poco más tarde los cines, las "boites", los bailes casineros de la Casa de Córdoba, del Centro Asturiano. Y el regreso de los padres molidos de arrastrar a la prole en la jornada de descanso. O podría contar mi paso provechoso por el Eslava, a ver a teatro lleno "Anillos para una

dama", de ese joven talentado que se llama Antonio Gala...

Pero, probablemente, sería hablar de lo que todo el mundo conoce. La del oso y el madroño ya no es sólo el rompeolas de todas las Españas (que dijo don Antonio Machado), sino el gran garaje de todas las matrículas de España (que podría decir don Rafael Escamilla); y las familiares: 'LE' -"Por sus coches los conoceréis" -le dan a uno mucha sensación casera. Madrid, barrio de León.

-*_

GABRIEL Marcel acaba de morir, y la noticia me ha llevado al estante de los libros en que medio perdido, pero no olvidado, debería encontrarse un recuerdo suyo que lo vincula con nosotros. Se encontraba. Es un folleto de tapas rojas, sobrio y científico en su aspecto, con pie de imprenta Casado, y contiene "La condición del intelectual en el mundo contemporáneo", conferencia pronunciada en el acto de clausura de los IV Cursos de Verano para Extranjeros (agosto de 1959). Por simple comodidad archivadora, supongo, había quedado al lado una fotografía tomada en el paraninfo de nuestra Facultad; y en ella me veo, catorce años más joven, junto al filósofo campechano y cuadrado, que charla con Francisco Fontecha y algún otro compañero del momento. Ahora, cuando todo el mundo rinde homenaje al gran filósofo francés en la hora de sus exequias, aquella presencia suya me parece cosa de anotar por cuanto nos honra.

Ciertamente, ningún medio de expresión escatima consideración y espacio a la figura de Marcel, y casi siempre con la etiqueta de "existencialista cristiano". Que, como tantas veces ocurre, excluye la conformidad del etiquetado. Lo dijo bien claro, aquí y entonces: "No se pueden ustedes hacer idea del confusionismo que se ha producido en los espíritus con esta palabra. De las muchas anécdotas que podría referirles a este respecto, la impresión que resulta para las gentes, de lo que llaman existencialismo, es un boceto desgreñado de las personas, de las ideas y de las cosas, que en definitiva, nada tienen que ver con el existencialismo. Lo que menos me agrada en esta designación de existencialista, es que con ella parece se pretende considerar mi pensamiento como la rama de un árbol, que sería el árbol "sartriano". Aunque seamos opuestos en muchos puntos, tengo la mayor consideración para Jean Paul Sartre. Es un espíritu notable y hay que reconocer que en un principio había enfocado con mayor acierto su pensamiento. Pero no me explico la suposición gratuita de algún público que sitúan mi pensamiento bajo su influencia, pues mis escritos más

significativos aparecieron mucho antes de que se hablara de él. Por consiguiente de ningún modo puedo considerarme como una ramificación de Sartre".

Son 24 páginas, en fin, como para conservar cuidadosamente. De Gabriel Marcel. Y pronunciadas en León.